

Virtuoso y pecador

JOAN-ANTON BENACH

LA VANGUARDIA, 2.03.09

No por previsible, la noticia de su partida dejó de ser la bofetada cruel que enfriaba aún más la triste, primera mañana de marzo. La magnitud y naturaleza del dolor se miden en el vacío de la ausencia y ahí es nada el abismo que con la muerte de Pepe Rubianes se abre para sus amigos y admiradores, para cuantos le aplaudimos y quisimos. Hoy se ponen a prueba viejas palabras que en su día quizá se juzgaron tópicas. Se dijo, se escribió una y otra vez que era un hombre entrañable, dotado de una desbordante generosidad y simpatía y hoy es muy duro aceptar que nunca más podrá haber otra mañana de invierno, cuando en Sitges arreglábamos el mundo frente al mar, a los pies de la encumbrada iglesia. Se dijo, se escribió una y otra vez que era un artista único en su género y ahora mismo, en efecto, sentimos que no tiene sustituto quien supo engrandecer los paisajes del monólogo escénico, convertir la charlatanería en arte de seducción y el andar por las ramas en un constante, desmesurado desafío de la imaginación.

Pepe Rubianes pudo ser un virtuoso en su especialidad, pero prefirió ser un pecador. Un ejecutor de pecados veniales a mansalva y de algún otro que quienes quisieron buscarle las cosquillas consideraron erróneamente mortal. Cuando abandonó su cuna teatral de Dagoll Dagom, de la que se llevó una fraternal, indestructible amistad con Joan-Lluís Bozzo, Rubianes reservó un amplio espacio de sus primeros espectáculos a la imitación y a la caricatura. Desde Pay-Pay (1981) a Ssscum! (1992), hallaríamos en sus propuestas la versión peculiar que el cómico suministraba de personajes, reales o imaginarios, con quienes de un modo u otro el

cómico decía relacionarse. Desde la figura del gallego-gallega, enfundada en sus negros atuendos, hasta la ardiente cabaretera cubana pidiendo guerra, Rubianes inventaba criaturas que estaban en el centro de experiencias o fábulas impagables. De haber querido, Rubianes hubiera sido un Dario Fo. Se entiende, un fabulador que convocaba en el escenario una galería de tipos con los que dotar de alma y corazón a sus relatos, a menudo de una irresistible comicidad. De hecho, y a ráfagas intermitentes, alcanzó plenamente este objetivo.

Pero tras Rubianes: 15 años cuando menos, el lugar preeminente-al humorista cívico-político que ya había dado muestras de tal vocación desde el primer día. Por otra parte, el actor que renovaba su arte y su técnica no olvidaba, tampoco, los estallidos coloristas eróticos y escatológicos que sabía crear su arrolladora locuacidad. Con Rubianes solamente el actor dibujó el frondoso mapa de aquellos atajos.

En el ADN de Rubianes se leía que sería un tremendo malhablado sin remedio. Sus ruidosas interjecciones y blasfemias eran chispas fugaces en medio de latigazos contra el abuso de poder, la injusticia y la maldad, y uno sentía que del monologador no sólo se llevaba la carcajada sino un sentido ético, indeclinable de la existencia, y, en fin, que los pecados del artista siempre fueron de los que abren las puertas del cielo de par en par.